

Francisco Rodríguez Valls, *Orígenes del hombre*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017.

José Antonio Cabrera Rodríguez

Cuando a escribir de lo humano se aventuran, acostumbran algunos filósofos a trazar planteamientos con ciertos tintes puristas o desafectos a las investigaciones más punteras en el campo de la paleontología, la psicología o la biología, quedando su trabajo sujeto a una metafísica del hombre que soslaya en muchos casos el discurso científico, hasta el punto de obviarlo o neutralizarlo llegados al extremo. No es este el caso del último libro escrito por el profesor Rodríguez Valls, *Orígenes del hombre*, subtitulándolo con buen juicio “la singularidad del ser humano”. En compendio, lo que Rodríguez Valls nos ofrece en esta obra de casi doscientas páginas es algo muy gratificante para quienes apostamos por la interdisciplinariedad en el saber: estudiar al ser humano a la luz de distintos resultados científicos para reflexionar sobre la insuficiencia de un programa de investigación puramente científicista que agote la cabal y polimorfa comprensión de lo humano. Por ello haría bien en rehusar su lectura quien espere hallar en él una metafísica abstracta y netamente racionalista sobre el hombre, o un alegato naturalista, o una reflexión postmoderna y antihumanista, entre otras muchas opciones. La propuesta que nos ofrece Rodríguez Valls aúna solidariamente, como si de un caleidoscopio se tratara, las dimensiones biológica, intelectual, psicológica, cultural y hermenéutica del ser humano para pintar el lienzo de una identidad humana irreducible a lo que, separadamente, las distintas disciplinas se empeñan en totalizar. Presuponiendo como piedra miliar la estructura de la subjetividad humana, Rodríguez Valls nos llamará la atención sobre el hecho de que el ser humano, con todos sus condicionantes biológicos, constituye un ente capaz de trascenderlos y no supeditar su ser únicamente a los fines evolutivos (eficacia biológica), como también capaz de trascender sus productos culturales y la ejecución fáctica y concreta de su libertad (realizaciones existenciales); un ente, por tanto, abocado a una libertad constitutiva sobre la que, precisamente en clave ontológica, gravita su connatural dignidad.

Ante todo debemos resaltar el acertadísimo esfuerzo mostrado en el libro por reivindicar la recuperación de la visión unitaria y holística del ser humano, en pro de la otrora perdida y hoy ansiada unidad del saber. Desde

su misma introducción, aclara Rodríguez Valls la urgencia de conciliar los datos empíricos con las teorías filosóficas, puesto que “los datos son demasiado particulares para explicar las diferencias sin que exista una teoría que los valore” (p. 16). Tampoco deja de ser llamativo que Rodríguez Valls no titule, verbigracia, “el origen del hombre” su libro, sino “orígenes”, quizás aproximando este término al que denotarían los de “fundamento” o “sustrato”. Efectivamente, no se puede constatar en el ser humano un origen únicamente biológico, cuya pesquisa ya rastreará Darwin y todas las corrientes evolucionistas posteriores. El ser humano tiene tantos orígenes como dimensiones que lo componen. Asimismo, resulta de vital importancia destacar cómo Rodríguez Valls sostiene una “estructura de la subjetividad humana”, y ello con arreglo a una distinción clave que no da lugar a equívocos y anfibologías: la ontología de lo humano (“ser humano”) y sus concreciones fácticas (“realización existencial”).

Amén de una introducción donde el autor expone su propedéutica, convicciones y programa de desarrollo, el libro se estructura en seis capítulos más un epílogo. Hilando muy fino y atendiendo al criterio interdisciplinar y holístico enunciado, Rodríguez Valls no escatima en la exposición de datos, teorías y ejemplos a cuyo socaire despliega los distintos argumentos en torno a la cuestión central de la singularidad de lo humano.

En el primer capítulo, “El caso Darwin”, se ensalza el punto de inflexión que el evolucionismo darwinista supuso no ya sólo como revolución de la biología, sino como una revolución científica que afectó a la filosofía de la ciencia. En cierta medida, Darwin fue para la biología lo que Newton para la física. Así es como se repasan los distintos postulados del darwinismo y el “sencillo mecanismo” de la selección natural y sus progresos a través de la teoría sintética de la evolución, para adentrarse luego en analizar las defensas del materialismo reduccionista (Gould, Dawkins, Dennett) o su crítica por parte de Nagel, así como los partidarios del diseño inteligente (Dembski) o las filosofías teleológicas no deterministas de Bergson y Teilhard de Chardin. Tras la teoría darwinista, pues, se ha confrontado una concepción “cuantitativo-mecanicista” con otra “cualitativo-teológica” (p. 43). Y dado que la conciencia humana, tal y como la caracterizará Rodríguez Valls, obra por fines, la explicación que ofrece el neodarwinismo, obediente a relaciones causales y consecuenciales, resulta a todo punto insuficiente. Por dicha razón, para perfilar un retrato más fidedigno de lo que sea el ser humano, la ciencia natural deberá complementarse con la hermenéutica filosófica.

Continuando con el asunto evolucionista, el segundo capítulo abre la discusión sobre la dimensión biológica del ser humano. ¿Acaso somos el mero producto de una cadena evolutiva que, pasando por los homínidos, conduce hasta nosotros? ¿Podría decirse con rigor que

no somos más que un mono súper inteligente, o un mono pensante simplemente? ¿Hemos surgido por mero azar, por mutaciones genéticas acaecidas en la especie precedente? Si bien a escala del fenómeno de la vida se acepte el evolucionismo darwiniano como explicación satisfactoria a la constitución biológica del ser humano en cuanto *Homo Sapiens*, no parece asumible conceder al gradualismo la potestad suficiente como para brindar una explicación satisfactoria sobre el más exclusivo fenómeno de la conciencia humana. Por esta razón, Rodríguez Valls se posiciona aquí junto a los saltacionistas: “en el reino de la vida, se produce un salto con la conciencia” (p. 51). Cuándo se produce ese salto es cuestión muy debatida por antropólogos evolucionistas, pues el surgimiento de la conciencia, si seguimos la larga cadena de la humanidad, podría haber acaecido desde el *Homo Habilis*, a juzgar por una técnica rudimentaria en la que pudieran rastrearse los primeros indicios de conciencia. Sea como fuere, en la propia morfología del ser humano (bipedestación, estructura pélvica, encefalización, verticalidad, neotenia, pulgares oponibles, visión estereoscópica, etc.) se cifran unos caracteres específicos que favorecen no sólo el ajuste o acomodo al medio, sino también su transformación mediante la cultura (*Homo Faber*). De aquí que Valls transite al tercer capítulo: el origen cultural en el ser humano.

Dando por sentado que el criterio interfecundidad implícito en el evolucionismo no basta para dar cumplida cuenta de esa segunda naturaleza cultural del ser humano, Rodríguez Valls inquiere por la noción misma de cultura. Nuestra especie se sobrepone al instinto animal o al aprendizaje por ensayo-error para acceder a todo un entramado simbólico que lo conforma en un mundo hecho a su medida, creando un artificio en el que desarrolla su existencia distintamente a como lo hacen las demás especies animales. “El arte, la música, la alta cultura científica no se justifican por la necesidad de supervivencia, sino por la necesidad creativa del ser humano” (p. 78). Desde luego, nuestra especie encuentra acomodo en el entorno no porque únicamente se adapte el hábitat natural, sino porque convierte este hábitat natural en creación artificial y el mundo propiamente humano en un mundo simbólico que desborda el ciclo vital de los seres vivos (nacimiento, crecimiento, reproducción y muerte). Así es como a través del análisis de la técnica, la moral, el derecho y el lenguaje como constituyentes elementales de la cultura se podrá justificar toda la dimensión suprabiológica que nos define (aunque obviamente incardinada en el cuerpo y la configuración somática de toda la especie): tales elementos nos permiten remarcar la universalidad y unidad de la especie en perfecta armonía con sus ricas y plurales manifestaciones particulares. El capítulo finaliza con diversas observaciones críticas a cinco puntos tratados por Darwin en *El origen del hombre* (1871), relativos a la especificidad de lo

humano: el intelecto humano como facultad sofisticada del intelecto simiesco, las diferencias entre lenguaje animal y humano, el sentimiento de belleza, la creencia en la divinidad y la conciencia moral.

Seguidamente, Rodríguez Valls aborda en el cuarto capítulo el tema que por extenso desarrolló en su libro *El sujeto emocional* (Thémata, 2015): la emocionalidad humana. Con pulso firme desbroza primero la teoría darwiniana sobre la dinámica afectiva. Al intermediar la conciencia en la afectividad que nos es propia, no parecería lícito identificar la emoción como una mera reacción neurofisiológica ante ciertos estímulos; antes bien, el saber que permite nuestra autoconciencia capacita para un fructífero diálogo con nuestras emociones, para una educación emocional e incluso para fenómenos como el disimulo o la teatralidad (fingir lo que no se siente). Se nos muestra así el complejo y ancho espectro de las emociones humanas, mediatizadas por la cultura, desde aquellas que comparte con los animales (miedo, sorpresa, alegría, tristeza, asco, rabia) hasta las propia y exclusivamente humanas como la angustia (originada en la voluntad) y la risa (originada en el intelecto). En tanto que unidad psicosomática, el ser humano se constituye como “cuerpo vivo”, que “posee la intencionalidad que le hace entrar en diálogo con el medio y con los otros organismos vivos” (p. 127), pues es desde lo que Heidegger llamaba “disposición afectiva” desde donde el individuo comprende y se comprende, así como desde donde realiza su proyecto de libertad.

En el quinto capítulo, diserta el autor sobre la génesis de la inteligencia propiamente humana: la racionalidad. Puesto que los instintos rigen la conducta animal pero no sojuzgan la del ser humano, éste dirige su mirada allende la eficacia biológica (*biological fitness*) y la supervivencia. Que el intelecto humano se interese por la verdad objetiva significa que no se constriñe a los imperativos de la utilidad inmediata. Muy al contrario, “la razón teórica sería una razón práctica libre de las ataduras de la eficacia” (p. 136), y en este sentido, para las teorías naturalistas esta novedad en la cadena evolutiva equivaldría a una “exaptación”, mientras que para los sobrenaturalistas respondería a algún principio superior (a todas luces mental): una novedad que, por tanto, no podría justificarla la ciencia natural. No en vano, tras abrir una discusión con el libro del profesor Juan Arana *La conciencia inexplicada* (Biblioteca Nueva, 2015), Rodríguez Valls admite el postulado de que la (auto)conciencia (entendida como autotransparencia, al ser según Arana nomogógica -generadora de leyes y principio incausado de libertad-), resiste el reduccionismo naturalista: la conciencia no puede explicarse en clave físico-química. Sin embargo, Rodríguez Valls apunta que aunque para la conciencia no valga la explicación (*Erklären*), sí que es susceptible de comprensión (*Verstehen*), precisando a tal efecto una hermenéutica filosófica donde se dé cabida a

la narración, historicidad e interpretación de un ser humano que asume su finitud y contingencia en el mundo circundante. Así pues, también se caracteriza el ser humano por su ser ficcional, por ser creador de ficciones que, apoyándose en un pensamiento analógico y metafórico tan aclamado por la postmodernidad (por el carácter fragmentario de su conocer), lo llevan a una mayor y más profunda exégesis existencial; ficciones que no deben confundirse con la falsedad, pues pueden “ser más real que la realidad misma” (p. 154), pero que encuentra como límite infranqueable la verdad siempre y cuando su conocer pretende ser filosófico y no meramente lúdico o poético. A tenor de unas reflexiones sobre la temporalidad en Heidegger, se subrayará la relación entre ser humano y temporalidad como estructura del *Da-sein*. Dado que “la identidad humana no es otra cosa que poseer el tiempo” (p. 161), cada individuo se configura como ente que se las tiene que haber con su tiempo y que, en el ejercicio de la libertad, está incumbido por la destinación, por su constante forja y su decisión existencial frente al tiempo, tanto en lo personal como en lo social.

Así las cosas, el capítulo sexto lo dedica Rodríguez Valls a la cuestión de la libertad, donde lo humano alcanza sus cotas más altas de dignidad, tal y como lo refleja en el epílogo. Sin ningún titubeo, nuestro autor sentencia que, pese a estar tipificada en varios sentidos (libertad ontológica, psicológica, moral y política), es la ontológica, o libertad fundamental, la que nos confiere ese grado excelso y aventajado por el que podemos hacer de nuestra existencia una construcción libre no tiranizada por las constricciones derivadas de la teoría evolucionista. Como autodeterminación que la categoriza, la libertad humana traspasa el indeterminismo físico o los procesos estocásticos. Su sentido primario es ontológico. Por descontado, yerran quienes insertan al individuo en un panorama determinista, como Laplace desde parámetros físicos o Skinner desde la psicología conductista. Sustraída a la lógica de los fines placenteros o utilitarios, la libertad humana remite a objetividades como el bien, la belleza o el valor: en su capacidad de elección radica la destinación. Por eso, su libertad le concede tal poder creador y transformador que la propia técnica, cuya *praxis* tanto lo define culturalmente, está recayendo ya en su propia mismidad: el ser humano se ha vuelto objeto de tecnificación, como bien proponen los modelos transhumanistas tan pujantes hoy día, y ello debido al movimiento centrípeto por el que el cuerpo humano podría llegar a someterse a técnicas de modificación y perfeccionamiento internas mediante la ingeniería genética y los implantes cibernéticos. Todas estas tendencias, junto con la realidad de la aldea global caracterizada por una “autotransparencia de los espíritus”, nos impele a redefinir el proyecto que como especie queremos trazar y a considerar lo que la antropología filosófica pueda aportar a una sociedad virtual como la nuestra. Sean las

que fueren las materializaciones de la libertad, en ésta se fundamenta la *dignitatis humanae*, objeto del epílogo, sin importar cuáles sean las opciones o concreciones existenciales por las que cada cual haya optado (comerciante, artista, médico, etc.) o las circunstancias contingentes; por eso también los discapacitados o los recién nacidos o cualquier ente con estructura de subjetividad bien puede llamarse “humano”. Y es que, como cierra en el epílogo, “el ser humano nos lo concede la estructura” (p. 196), y no la eventualidad particular en que su libertad se vaya expresando a lo largo del tiempo.

En definitiva, tal vez nos encontremos ante el libro más denso y completo escrito por el profesor Rodríguez Valls, en el que examina toda la problemática antropológica prestando atención tanto a las teorías más vigentes de la ciencia como a planteamientos clásicos, contemporáneos y actuales de la misma filosofía. *Orígenes del hombre* representa así un lúcido ejercicio de reformulación y respuesta, con valentía especulativa y contundencia argumentativa, a la pregunta por lo humano, que quizás sea ahora más que nunca, entre la ebriedad postmoderna y el desafío trans-humanista ante nosotros, el más jugoso, complejo y fecundo interrogante para el pensador interdisciplinar.